

ENCUENTROS Y DESENCUENTROS EN LA SANTERÍA BORICUA¹

Jaime R. Colón Meléndez
Departamento de Ciencias Sociales
Universidad de Puerto Rico en Arecibo

Para Milagros Toro, con mucho agradecimiento

William Foote Whyte en cierta ocasión estuvo a punto de ser lanzado escaleras abajo en un bar localizado en Boston, tras haber intentado entablar conversación con un hombre y dos chicas que acababan de hacer su entrada al establecimiento. Whyte, que a la sazón se encontraba cursando estudios de posgrado en la Universidad de Harvard, en realidad estaba interesado en conversar sobre el barrio en el que se ubicaba el bar, un barrio poblado mayoritariamente por inmigrantes italianos, al que bautizó con el nombre de “Cornerville”. Su acercamiento a los tres recién llegados al bar estaba motivado, principalmente, por consideraciones de tipo académico; es obvio, sin embargo, que sus interlocutores no percibieron el asunto de la misma manera. La fuente del malentendido que estuvo a punto de saldarse con un ojo amoratado o una costilla rota fue la ausencia de un código compartido, a partir del cual las partes involucradas pudieran tener una idea razonable de lo que en aquel contexto constituía un comportamiento admisible.²

Empezar a entender una cultura supone, entre otras cosas, familiarizarse con esos códigos que rara vez se articulan explícitamente. Pero esto, como tuvo oportunidad de descubrir Whyte en su estudio sobre “Cornerville”, es una tarea que difícilmente se logra de la noche a la mañana. A él, sin embargo, la tarea se le facilitó un tanto, gracias a una

¹ Ponencia presentada el 23 de noviembre de 2002 en el Segundo Congreso Internacional de Escritura, Individuo y Sociedad en España, las Américas y Puerto Rico.

² William F. Whyte. **Street Corner Society**. 3era. Edn. Chicago: University of Chicago Press, 1981; orig. 1943.

especie de “padrino” de quien obtuvo valiosas claves sobre aquel universo cultural que tan poderosamente le llamaba la atención. En mi caso, no era un barrio lo que había comenzado a interesarme allá para el año 2001, sino una práctica religiosa. Andaba, para decirlo sin rodeos, a la búsqueda de alguien que me sirviera de lazarillo en el mundo de la santería boricua, cuando conocí en el barrio Sábalo de Mayagüez a una extraordinaria mujer llamada Milagros Toro, quien me pareció que podía llegar a ser una excelente “madrina”.

Ya durante nuestra primera entrevista formal, Milagros mostró una gran disposición a conversar sobre las deidades yorubas, lo cual, en este tipo de empresa, es algo digno de celebrar. Lo que más alimentó mi optimismo, no obstante, fue la infinita paciencia exhibida por ella ante mis torpes intentos de llevar un registro escrito de la conversación. Como habrán adivinado aquellos familiarizados con la santería, Milagros se había negado rotundamente a permitirme utilizar un magnetófono durante la entrevista; eso, lamentablemente, me obligó a poner en evidencia mis escasas dotes como taquígrafo. Pero ella, con mucha discreción, jamás se dio por enterada.

Pese a los buenos auspicios con los que se había iniciado el diálogo entre Milagros y yo, los desencuentros no se hicieron esperar. Quizá el más insólito de todos se produjo cuando, en señal de agradecimiento, decidí obsequiarle un puñado de cigarros de calidad, siguiendo, en parte, la recomendación de Jeffry Rodríguez, el querido amigo que inicialmente me puso en contacto con ella. Ni al más despistado de los observadores se le hubiese escapado la prominencia de los cigarros en los rituales practicados por Milagros. Figuraban de forma destacada, por ejemplo, en las ofrendas a las deidades yorubas, junto a jabones, flores, velones de diversos colores, y botellas de ron, de miel y

de Agua Maravilla. Cigarro en mano fue, igualmente, que Milagros pacientemente nos explicó, a Jeffryn y a mí, numerosos detalles relacionados con el ritual de los caracoles. Y fue en compañía de un batallón de cigarros que, a orillas de un río crecido tras varios días de intensas lluvias, dedicó toda la mañana y buena parte de la tarde de un Domingo de Resurrección a practicarle un “despojo” a una veintena de personas, bajo un puente en el barrio Rosario de Mayagüez.

La decisión de obsequiarle cigarros estaba, como se ve, más que justificada. Pero en los rituales magistralmente dirigidos por Milagros los cigarros intervenían de forma muy diferente a como lo hacían, digamos, durante aquellos momentos también altamente ritualizados que se suscitaban una vez finalizada la cena en las residencias de no pocos hacendados caribeños del siglo XIX. Lo que en un contexto era, fundamentalmente, una fuente de placer sensual, en el otro formaba parte de un elaborado entramado de prácticas cuya principal finalidad era rendirle tributo a una divinidad. No haber captado a tiempo esa crucial diferencia me costó un sonado reproche de parte del esposo de Milagros, por haberme aparecido con aquellas porquerías que a duras penas echaban humo. Me había tocado, desafortunadamente, protagonizar uno de esos malentendidos ocasionados por la ausencia de un código común, con la circunstancia agravante de que, en esta ocasión, el malentendido se había producido precisamente con mi “madrina”.

Por fortuna, el más embarazoso de mis desencuentros con los santeros no fue coprotagonizado por Milagros, sino por una mujer de edad indefinida y cara de pocos amigos cuyo nombre, sin remordimiento alguno, hace tiempo ya olvidé. Milagros me había invitado para que el día de San Antonio asistiera a una ceremonia en la que se bendeciría la residencia de una familia de Isabela. Gustosamente acepté la invitación,

mas, al no poder llegar en compañía de mi “madrina” y, peor aún, al hacerlo cuando ya la reunión estaba bastante concurrida, mis planes de pasar inadvertido resultaron del todo infructuosos. Las miradas suspicaces no cesaron a lo largo de toda la noche. Y la pobre Milagros se pasó casi toda la velada satisfaciendo la curiosidad de los numerosos asistentes que le requerían con insistencia mayores detalles sobre los motivos de mi presencia en aquel lugar.

Los dos o tres interlocutores que con extrema dificultad logré conseguir aquella noche no parecían muy dispuestos a conversar sobre lo que allí estaba ocurriendo; concluí, entonces, que acaso lo más recomendable bajo aquellas circunstancias, era simplemente limitarme a observar. Ya llegaría en otro momento la ocasión para preguntar. Me duró muy poco, sin embargo, la esperanza de pasarme la noche como un mero espectador. Poco después de haberse iniciado oficialmente la ceremonia y de habérsenos explicado el propósito de aquella reunión, se me requirió que me despojara de los zapatos y procediera a solicitar un deseo, arrodillado ante el altar que se había improvisado en la sala de la residencia. Comenzaba a resultar evidente que los presentes no teníamos derecho a abstenernos de participar en las diversas actividades programadas como parte de la ceremonia. Aún así me sentía relativamente tranquilo, pues confiaba en que Milagros habría de interceder por mí en caso de que mi inexperiencia amenazara con meterme en aprietos.

Con lo que no contaba yo, y me atrevo a apostar que Milagros tampoco, era con que esa inexperiencia terminara metiéndonos en aprietos a los dos. Cuando, en la etapa final del más dramático ritual de la noche, la coordinadora de la actividad comenzó, poseída por el espíritu de un esclavo, a responsabilizar a Milagros por mi escandalosa

incapacidad para “montar el santo”, comprendí con inusitada lucidez que, o bien me dedicaba afanosamente a buscar una nueva madrina a partir del día siguiente, o sencillamente me resignaba a dar por terminados, prematuramente, mis días como investigador de la santería. Esta segunda posibilidad se tornó todavía más tentadora luego de haber tenido que aguantar una inesperada rociada de ron en la cabeza y una humillante reprimenda pública, por no haberme preparado previamente para participar en aquella ceremonia.

Lo que desató la santa ira de aquel esclavo con espíritu de verdugo fue la inenarrable manera en que, por incapacidad o por renuencia, terminé echando a perder el libreto tan puntillosamente seguido por el resto de la concurrencia. Los rituales santeros, como tantas otras prácticas sociales, están regulados por unos códigos que les permiten a los distintos participantes tener una idea bastante precisa de lo que en cada ocasión se espera de unos y otros. Familiarizar con esos códigos a quienes se están iniciando en la santería es una de las tareas más importantes de las madrinas y los padrinos. Si yo no era capaz de actuar conforme al papel que tenía asignado como parte del libreto, era lógico suponer que en algo había estado fallando mi “madrina”. El trabajo previo de preparación espiritual que a ella le correspondía llevar a cabo conmigo o no se había realizado, o había resultado infructuoso. Lo crucial, en cualquier caso, era que aquella falta de preparación, al mantenerme en un estado de impureza, me inhabilitaba para entrar en contacto con lo sagrado. La rociada con ron no era, entonces, sino un improvisado rito de purificación con el que se buscaba paliar, hasta donde fuera posible, el daño que hubiese podido haber ocasionado mi imprevisión.

En honor a la verdad, ese incidente que tuvo lugar en las postrimerías de la ceremonia, fue el último de varios equívocos, algunos de los cuales se suscitaron en medio de discretas luchas de poder. Nunca quedó del todo claro, por ejemplo, cuál iba a ser, en definitiva, la naturaleza de la relación entre Milagros y yo. Por eso, mientras yo, sutilmente, trataba de encuadrarla en el incómodo papel de informante, ella, con mucha gracia y excepcional habilidad, se las arreglaba para despedirme, después de cada entrevista, con una larga lista de recomendaciones, imprescindibles, todas, para cualquier aspirante a santero. Mientras yo insistía en tratarla como a una colaboradora, ella no descartaba la posibilidad de, tarde o temprano, convertirme en su ahijado. Con técnicas cuyo sentido no fui capaz de captar inicialmente, Milagros pacientemente intentaba hacerme comprender que la pertenencia al grupo es un requisito indispensable para aquellos que aspiran a descifrar los códigos que rigen el universo de la santería.

Más grave, quizá, que lo anterior (y en esto Milagros tuvo una buena cuota de responsabilidad), fue no haber prenegociado con los asistentes a la actividad de Isabela las condiciones bajo las cuales mi presencia allí resultaría aceptable. Detrás de las miradas llenas de recelo y desconfianza no era difícil adivinar el temor a que, a los ojos de un extraño como yo, aquella ceremonia terminara convertida en un espectáculo exótico. Los practicantes de la santería congregados en Isabela aquella noche de San Antonio tercamente rehusaban ubicarse en la otredad radical en la que muchos han intentado confinarlos.³ Esa reacción me lucía muy similar a la del viejo campesino gallego que, en el otoño de 1996, airadamente me impidió fotografiarlo, mientras

³ Puede encontrarse una aguda reflexión sobre la tendencia de los medios masivos de comunicación a construir imágenes estereotipadas de ciertas formas poco convencionales de religiosidad en: Jim Bircckhead. "Reading 'Snake Handling': Critical Reflections", Stephen D. Glazier (Ed.). **Anthropology of Religion. A Handbook**. Westport: Praeger, 1997.

transitaba pesadamente por una céntrica calle de La Coruña, junto a un buey y una carreta por los que parecían haber desfilado, sin excepción alguna, todos los años del mundo. En uno y otro caso subyace la delicada cuestión de cómo tratar de encontrarle sentido a aquello que inicialmente no nos resulta familiar. No es una tarea fácil, pero aún así merece intentarse.

Año y medio después de aquel incidente, la tentación de abandonar el proyecto decididamente ha quedado atrás, y creo estar emocionalmente preparado para restablecer la comunicación con Milagros, a quien pienso llevarle como obsequio un buen manojito de cigarros. Esta vez, sin embargo, me aseguraré que sean de los que echan mucho humo.